



GRACIELA HERNÁNDEZ MORALES

Una mirada que permite hacer¹

"Si el pensamiento no barre la casa por dentro no es pensar"²

María Zambrano

Miro a mi alrededor y veo que no es fácil dar sentido a las cosas cuando en medio del ruido se nos escapa algo elemental, cercano y a veces borroso: el partir de sí. La falta de sentido atraviesa muchas veces la vida de hombres y mujeres dando lugar a que mucho de lo que hacemos se quede vacío, sin significado, sin humanidad. Junto a esta falta de sentido veo también destellos de sensatez, tal como ha ocurrido en mi experiencia como becaria en formación en el programa de educación y cultura del Instituto de la Mujer³, en el cual me incorporé en enero de 1997.

Esta beca era para mí una buena opción porque me parecía que en ella iba a encontrar mucho de lo que estaba buscando y me iba a permitir además tener cierta tranquilidad económica así como tiempo para hacer otras actividades. La duración era de dos años, con un horario cómodo, con posibilidad de acceso a mucha información y con un volumen de trabajo, que en relación a la locura que había vivido antes en mi experiencia profesional, me iba a permitir hacer sin agobios y con la serenidad suficiente para poder tener iniciativas.

Soy relativamente joven y he trabajado en diferentes lugares; esa

experiencia anterior me hacía estar alerta ante una situación que se repetía y que es similar a la de otras mujeres jóvenes que conozco: cada vez que he empezado un trabajo nuevo he recibido una serie de gestos, de miradas, de consejos que parecían decir, y me decían de hecho, que ser trabajadora joven significa no tener historia, no tener nada original que aportar, sino todo por aprender, aunque hubiese mostrado un extenso currículum para entrar. Esto me ha supuesto enfrentarme a cada nueva situación como una aprendiz aplicada, de modo que para adaptarme he ido dejando de lado mucho de lo que sabía y había experimentado, en un continuo empezar casi de cero. Esto ha hecho que me haya ido dividiendo y que casi nunca encontrara lugares para dialogar con libertad con la que fui en otros tiempos y lugares, con la que está siendo ahora y con la que empieza a emerger en un todo que es fluido y que no es -no puede ser- una serie de casillas estancas con diferentes informaciones y experiencias.

Esta situación se ha repetido, aún con más fuerza, precisamente en el Instituto de la Mujer, ya que a mi situación de mujer joven se unía el rol de becaria en formación, y la formación se entiende a menudo como una relación que se da entre quien sabe y quien no sabe de un modo estático y unidireccional. Pero quien se dispone a aprender, como ha sido mi caso, necesita tomar la palabra y es, desde ahí, desde donde reconoce como maestra, reconoce autoridad, a quien se lo hace posible. Mi experiencia me dice que sin tomar la palabra, sin partir de mí en lo que hago y en lo que digo, lo que supuestamente aprendo carece de significado y sentido.⁴

En ese momento, yo quería aprender, investigar y para ello necesitaba encontrar el modo de reconocirme entera. Deseaba, además, aportar algo, por pequeño que fuera, que transformara la realidad rígida y funcional que se respiraba y se respira aún en el edificio donde iba a desarrollar mi experiencia como becaria. Pacté conmigo que me iba a fiar de ese deseo que se me manifestaba continuamente en sensaciones, ideas, intuiciones y contradicciones en la relación con mis compañeras.

Me pregunté entonces qué tenía, por dónde ir, qué hacer, y me dispuse a mirar mi entorno de la manera que propone Milagros Rivera cuando se acerca a las fuentes de la historia: "si miro a las fuentes de la historia desarmada, dejándome empapar por ellas sin miedo de que me cambien los esquemas, veo donde antes no había visto".⁵

Entre otras cosas, tenía la posibilidad real de ejercitar mi escritura, mi pensamiento y disfrutar con ello; tenía también una relación en ciernes, con mi tutora Ana Mañeru, de quien esperaba aprender mucho.

Por otra parte, ser becaria es estar situada fuera de la escala laboral, que es la que muestra desde la lógica del poder quién vale más y quién vale menos, y por lo tanto, en ella, yo no era ni más ni menos que las trabajadoras y los trabajadores, era simplemente otra cosa. Eso facilitaba el estar poco sujeta a muchas imposiciones carentes de sentido a la hora de realizar mis tareas, ya que en la administración y con la burocracia se establecen muchas veces funciones vacías de significado y alejadas de los intereses y necesidades reales de mujeres y hombres.

Junto a esto, me di cuenta de que en el Instituto de la Mujer estaba muy generalizada la idea de que ser becaria carece de valor y esto supone una dificultad grande para situarse como tal en un espacio nuevo y desconocido. Lo que yo consideraba un lugar donde era posible obtener importantes ganancias, para gran parte de la institución era simplemente miseria; yo quería aprovechar esa oportunidad que se me brindaba pero, con frecuencia, lo que se me devolvía en las relaciones que iba estableciendo era la miseria que veían en el hecho de ser becaria; se consideraba miseria porque se nos veía como trabajadoras en precario. Además, en algunos departamentos había escasez de personal técnico que se pretendía suplir con becarias.

Esta confusión por parte de la institución ha llevado a que algunas

becarias se autodefinieran como precarias, era una forma de expresar la dificultad para dar sentido a sus becas de formación y una incomodidad y pesimismo que tienen que ver también con algo más profundo que circula con fuerza en nuestra sociedad. Todo esto tiene que ver con el desorden capitalista que considera como medida de todas las cosas el dinero, dinero que se necesita para vivir cómodamente porque nos permite acceder a bienes y servicios, pero también porque, desde esa óptica, es fuente de reconocimiento social. En esta lógica, sin un puesto de trabajo bien remunerado no tienes valor y los puestos de trabajo son, como todo el mundo sabe, escasos; y muchas de las que solicitamos estas becas lo hemos hecho, entre otras razones, por falta de perspectiva laboral. Así vistas las cosas, las becas se transforman en un sustitutivo del trabajo, algo que querría convertirse en un trabajo. Salirse de esa lógica, que no permite decir qué se entiende por una beca de formación, ver lo que la beca en sí misma nos brinda y ubicarse en ella desde ahí, no es fácil, aunque se resuma en un pequeño gesto que ordena la mirada.

Por otra parte, además, las funciones y los objetivos de las becas dentro del Instituto de la Mujer, como ocurre generalmente en otros ámbitos como la universidad o las empresas, no están pensados ni tampoco definidos; cada jefa o jefe de departamento las establece, muy a menudo, por inercia, sin una reflexión sobre el sentido que tiene la presencia de una becaria en su área. Esta indefinición proviene, en parte, de esta confusión que vengo señalando y genera situaciones de malestar.

Un grupo de becarias que me antecedieron, a raíz de estas situaciones y también porque querían conocerse, intercambiar las diferentes experiencias y saber qué se gestaba en las otras áreas, empezaron a reunirse una vez a la semana y redactaron un escrito reflejando sus vivencias en el que yo percibí mucha verdad. Este escrito circuló muy poco y creo que no fue escuchado con seriedad por las y los responsables de cada área, aunque a mí sí me sirvió porque me hizo entender sensaciones mías y me permitió no perder mucho tiempo

en llegar a conclusiones a las que ellas ya habían llegado; en un párrafo decían que "una beca de formación debe proporcionar un aprendizaje no espontáneo sino sistemático, con objetivos, contenidos, tareas y criterios de evaluación definidos, de otra manera se convierte en una modalidad más de subempleo"⁶, reflejaban así una carencia que yo también sentí, ya que ser becaria es establecer una relación diferente a la laboral, pues en una beca lo que se contrata es un plan formativo, aunque se dé en un contexto laboral y se utilicen los recursos que este contexto ofrece.

Yo no echaba de menos un plan formativo cualquiera, quería poder negociar una propuesta formativa clara, que diera espacios a mis inquietudes y deseos, e hiciese más real y fluido mi aprendizaje. Mi cuerpo, mis sensaciones, mis palabras y mis silencios me mostraban una y otra vez que necesitaba ponerme en juego para aprender, para dejar de estar dividida y para aportar allí la que iba siendo, y, por ello, no quise estancarme en esa sensación de caos, de falta de claridad ante las propuestas que se me hacían y fui haciendo lugar a lo que quería buscando en mi jefa y en algunas compañeras medida para hacerlo.

Pude ver, sin embargo, que por inercia, por un no saber cómo hacerlo o por la sensación de que ningún cambio era posible, algunas becarias no pudieron dar un sentido a su práctica, creo que no llegaron a plantearse seriamente qué pedían a su propia beca, qué estaban dispuestas a dar, qué tenían, qué podían pedir y transformar, y esto alimentó aún más el caos, imposibilitó contratar con sus jefas o jefes y con sus compañeras aquello que tal vez hubiera sido posible. Todo esto, unido a lo anterior, se tradujo en incomodidad; en unos casos por el sentimiento de estar haciendo un trabajo profesional encubierto que, por justicia, debería ser objeto de un contrato; otras por la incertidumbre de no saber bien lo que se tiene que hacer; otras por la lógica de la burocracia que cae encima como una losa; otras por las dificultades en las relaciones que se dan con las compañeras y también con las jefas o tutoras.

En este contexto, las reuniones de becarias se siguieron dando y,

con ilusión, asistí a algunas de ellas. Propuse que hiciéramos un intercambio de nuestra experiencia, también de nuestro malestar, para enriquecernos y para poder darle un sentido (cada una el suyo) a lo que hacíamos. Pero la mayoría, aunque éramos pocas en relación al conjunto de becarias, hablaba de darle salida urgente a una serie de reivindicaciones: sueldo a principio de mes, seguro médico, y el diseño de una tabla de derechos y deberes que aclararan y pusieran orden a nuestra situación. Para estas mujeres lo que yo proponía vendría después: primero están los derechos y con ellos tendríamos un orden que nos permitiría dar sentido a las cosas, a nuestras cosas. Sin embargo, pienso, que sin partir del deseo de cada una, no era posible dar sentido a nada, ni siquiera a esos derechos que se pedían.

Pronto, dejé de sentirme cómoda en esas reuniones. Entiendo que en mis compañeras prevalecía la necesidad de justicia sobre la de libertad, ellas pensaban que sólo teniendo determinados derechos estarían mejor y colocaban este tipo de reivindicaciones por encima de cualquier otro tipo de reflexión y de propuesta de cambio. Tener más derechos significaba, para algunas, tener los mismos derechos que las funcionarias, para otras, los mismos derechos que becarios y becarias de otros lugares, y, sólo a veces, una serie de requisitos que permitieran hacer aquello que querían hacer. La medida de los derechos que se pedían solía ser, simplemente, lo que otros y otras tenían y las becarias del Instituto de la Mujer no.

Era una sensación muy similar a la que había sentido algunas veces en mi andadura por el movimiento feminista: yo quería encontrar un modo de ser mujer a lo grande y descubrí y aprendí con otras, en los espacios privilegiados que fuimos creando, que eso era posible. Sin embargo, junto a esto, y de una forma desmedida, encontraba una y otra vez un análisis pormenorizado y exhaustivo de la miseria de haber nacido mujer. A veces me sentía agotada y me resultaba difícil no romper el hilo que me había hecho acercarme a ese movimiento.

No encontré el modo de que en ese encuentro semanal de becarias

me fuera posible saber, aclararme y descubrir qué quería cada una, de dónde venía su malestar, qué se podía hacer para que su situación fuera la mejor posible y, además, hacer circular nuestra disparidad, ya que era evidente que no éramos un grupo de mujeres homogéneo con problemas idénticos, aunque esto tan simple algunas no supieron o se empeñaron en no verlo.

Poner en el centro de nuestra mirada los derechos que no teníamos era centrarnos en lo que nos faltaba, dejando a un lado lo que ya teníamos, que yo pienso que era mucho, y hacía que el futuro se nos presentara desesperanzado, lleno de obstáculos que salvar y, lo que es más importante, olvidándonos de algo esencial: de cuál era nuestro deseo, de lo que quería cada una de nosotras, del sentido que dábamos al ser una mujer que se está formando en una institución dirigida precisamente a mujeres.

Entendí, por fin, que el lenguaje de los derechos es un lenguaje muy limitado; para quejarnos, para solicitar este o aquel derecho que nos falta no son necesarias tantas reuniones, y esa pobreza, que encorsetaba lo que yo quería, me cansaba y a veces me enervaba. Entendí, de golpe también, porque en el fondo es lo mismo, que los derechos no nos bastan a las mujeres que queremos ser libres para estar y ser en los diferentes lugares; a veces incluso nos quitan algo, sobre todo cuando se imponen como un deber ser: no como un elemento para usarlo cuando alguna lo quiere o lo necesita, sino como un deber ser que no parte del deseo de cada una de ser libre. Entendí, en definitiva, lo que leí un día: "es preciso estar en el origen de la propia libertad para poseerla de forma segura, lo cual no implica la garantía de gozar de ella, sino la seguridad de que se sabrá reproducirla incluso en las condiciones menos favorables".⁷

Estos encuentros semanales dejaron de celebrarse porque a algunas ya no nos apetecía y porque otras no supieron o no pudieron relacionarse entre sí y terminaron incluso no hablándose por cuestiones que nunca llegué a entender bien.

Posteriormente leí un texto de Clara Jourdan, escrito que parecía estar dirigido a mí y que, entre otras cosas, decía: "el lenguaje de los derechos quita competencia para inventar estrategias en las relaciones..." y más adelante "es más fácil luchar por una 'Carta de derechos' que luchar para modificar relaciones concretas con profesores y profesoras de carne y hueso..."⁸

Aunque ya no quería continuar con las reuniones, seguía sintiendo ganas de relacionarme con las otras becarias y entender parte de ese malestar y de esa dificultad para modificar las cosas (que como me dijo Ana Mañeru en una mañana, recogiendo palabras de Lia Cigarini, no es otra cosa que modificar nuestra mirada y nuestra forma de relacionarnos con lo que nos rodea). Con aquellas que me fue posible hablé largo y tendido sobre nuestras experiencias, y casi todas me contaron con claridad de dónde provenía su malestar (alguna jefa que no las escuchaba o no las valoraba; alguna compañera con la que era difícil la convivencia; alguna injusticia cometida hacia ellas que les había quitado la ilusión). Percibí una dificultad para hablar con la misma claridad sobre las estrategias que podían usar para encontrarse mejor en cada situación concreta, algunas sólo me hablaron de reivindicaciones, de quejas y de aquellos derechos que nos faltaba. Y volvía a sentir ruido. Sentía que se estaban mezclando dos órdenes de cosas y esto alimentaba la confusión y no ayudaba a ver luz; dos órdenes de cosas que circulan por el mundo como si fueran uno sólo, como si en los derechos cupieran nuestros deseos, como si sólo por el hecho de regular el mundo con más leyes y normas fuéramos más libres. Me pareció muy significativo que apenas habiaran de aquello que querían hacer y no encontraban el modo de hacerlo, creo que yo tampoco lo facilité en mi urgencia por encontrar respuestas y es probable, que cansada, no supiera escuchar otras cosas que seguramente ya estaban allí.

Sin embargo, entre todas, sí hubo una que me comentó abiertamente que estaba a gusto en su área, que estaba aprendiendo y que había establecido algunas relaciones interesantes; me habló también de muchos absurdos que le afectaban pero que no le impedían hacer.

Ella también había ido a esas reuniones de becarias, me contó que cuando iba se sentía con la obligación de quejarse por las injusticias que vivía, quejarse y olvidarse a la vez de que para ella la experiencia era buena ya que esto se podría interpretar como una pequeña traición a las otras que no estaban tan bien.

Ella y yo pensábamos, y pensamos también ahora, que muchas injusticias y muchas incongruencias eran reales: era real que no sabíamos cuando íbamos a cobrar cada mes y eso repercutía en nuestros bolsillos, era real que no estábamos protegidas en caso de enfermedad o accidente, era real que en ocasiones algunas se veían realizando tareas que no se correspondían a una beca de formación tales como tomar determinadas decisiones o hacer solamente trabajo administrativo. Pensábamos que todo eso era real y nos afectaba y, por lo mismo, no había que negarlo o pasar sobre ello. De hecho participamos en actos que permitieron cambiar parte de esa realidad, pero nos rebelábamos contra el poder que se daba a estas reivindicaciones, el lugar tan inmenso que podían llegar a ocupar, relegando a un espacio muy reducido la posibilidad de reconocer y valorar lo que teníamos y de relacionarnos de un modo que nos permitiera tener más libertad para aprender y también para aportar. La relación con esta mujer fue esencial para mí, con ella supe que lo que sentía no era descabellado.

La relación con algunas becarias se redujo al tiempo que teníamos para desayunar, en ocasiones era divertido, otras interesante, pero con frecuencia cansado, ya que una y otra vez salía a colación en la conversación nuestra falta de derechos, en ocasiones de un modo absurdo alguna me reprochó que en lugar de estar los treinta minutos a los que tenía derecho por mi desayuno, sólo utilizaba veinte, y por ello, sólo por ello, era considerada una conformista. En este ejemplo tan absurdo y ciertamente infantil, pude leer una muestra de cómo un derecho se puede convertir en una obligación.

Aprendí a estar en estos desayunos y en otros espacios con ligereza, no en contra de nadie sino simplemente desde mí; así pude decir

mucho de lo que yo tenía por decir a algunas que se interesaron por ello y fui descubriendo que a veces lo que decía hacía pensar. Lo que yo tenía que decir tiene que ver con la necesidad de poner en el centro del trabajo, de la escuela, de la vida, las relaciones, relaciones que son las que posibilitan la libertad, las que nos dan la medida de lo que hacemos, las que nos dan los espacios para ir realizando nuestros deseos y que ha sido y es una práctica más de mujeres que de hombres.

Ha sido la relación con una antigua becaria, Conchi Jaramillo, la que me ha dado la seguridad de que es posible estar a gusto en un puesto similar y la que me ha dado medida ante muchas situaciones conflictivas que he ido viviendo; ha sido mi relación con Lupe García, la becaria que me dijo que veía sentido en su ser becaria, la que me ha permitido ir diciendo a las demás lo que yo veía y sentía; ha sido mi relación con Ana Mañeru, con dificultades al principio por falta de claridad por mi parte y por la suya también, la que me ha permitido pensar, descubrir nuevos textos e ideas, escribir con libertad folletos que han tenido gran difusión y sentir placer por el trabajo bien hecho; también mi relación con una becaria del centro de documentación me ha permitido buscar, rebuscar y descubrir con tranquilidad en los libros que allí se prestaban; mi relación con algunas administrativas me ha posibilitado tener más seguridad en los documentos y cartas que he escrito; mi relación con la conserje de planta ha agilizado los trabajos de reprografía, saltándome con frecuencia la burocracia interna que tanto trabajo da y tanto me molesta; finalmente, mi relación con algunas becarias, con todo, me ha hecho pensar y me ha hecho sentir viva cuando veía que algo, en ellas y en mí, se movía.

Esta experiencia, compartida por otras becarias actuales y antiguas, ha sido un intento de separarnos de la lógica del poder, de esa lógica que dicta lo que es miseria y lo que no lo es tomando como medida el dinero. Hemos querido dar valor a las relaciones, hacer circular autoridad y hacer más habitable el Instituto de la Mujer. Se puede pensar que lo único que hemos hecho es ver el lado bueno de las

cosas, pero es mucho más, es mirar hacia lo que tenemos y darle valor porque sabemos que sólo lo que se tiene y lo que se es permite buscar el camino para hacer lo que se quiere y también para conseguir lo que no se tiene y se quiere tener.

Hace unos meses se incorporaron al Instituto nuevas becarias, las relaciones con algunas me trajeron nuevos aires, su frescura, sus ganas de sacar lo mejor de la nueva experiencia me produjo alegría. Una de ellas me comentó que le costaba relacionarse con aquellas que le predicen continuamente que llegará un momento en el que se sentirá mal en el Instituto de la Mujer, que su inexperiencia e inocencia no le permiten ver todavía las restricciones de este lugar, y a ella eso le resta fuerza. Me dijo también que verme contenta y sacando provecho de mi experiencia le había hecho saber que lo que algunas le dicen no tiene por qué ser verdad, sus palabras son las que han dado sentido a lo que escribo ahora.

Hace poco, Ana Mañeru me preguntó si realmente yo había aprendido algo, fue una pregunta no planificada y espontánea. Hubiera querido, y en ocasiones necesité, que formara parte de nuestra relación de forma premeditada, que ella y yo evaluáramos mi trabajo, mis necesidades, mis ganancias de forma continuada. No se lo dije, porque a la vez me di cuenta de que fue tanto lo que aprendí, descubrí, que ese malestar se me hizo pequeño.

Ahora estoy convencida de que hay más libertad disponible que aquella de la que se hace uso, de la que sueño hacer uso, ya no me siento dividida como estaba al comienzo y sé que tengo una ganancia que puedo llevarla a todas partes, ganancia que no hubiera tenido si me hubiera aferrado a una mirada estrecha.

notas:

1. Sin la confianza depositada en mí por parte de Ana Mañeru, así como, sin las lecturas atentas y sugerencias hechas por ella, Conchi Jaramillo, Lupe García y Pepe Tormo este artículo no hubiera sido posible.

2. María Zambrano, *Delirio y Destino*, Ed. Mondadori, Madrid, 1989.
3. Me refiero al Instituto de la Mujer del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
4. Al releer estas palabras: "considero que una mujer que ejerce autoridad en el grupo (y yo reconozco autoridad allí donde una mujer me da la palabra) me abre espacios de libertad, me da libertad". (Lia Cigarini: *La política del deseo*, Icaria, Barcelona, 1996) vi reflejada mi experiencia. La autoridad es una figura clave del pensamiento de la diferencia sexual y está alejada del poder, ya que éste apiasta y no escucha.
5. Milagros Rivera Garretas: *Nombrar el Mundo en Femenino*, Icaria, Barcelona, 1995.
6. AA.VV.: "Boletín de Becarias", Instituto de la Mujer, Madrid, Febrero de 1997.
7. Librería de mujeres de Mián: *No creas tener derechos*, Ed. Horas y horas, Madrid, 1991.
8. Clara Jourdan: "Las relaciones en la escuela" en *Educación en Relación*, Serie Cuadernos de Educación no Sexista nº6, Instituto de la Mujer, 1998.